

que su estructura es la de un discurso de otro orden y que es posible descifrarlo con la ayuda de la lingüística en general y particularmente con el método de Saussure. En la lingüística saussureana (1961), la teoría del signo se reduce a su caracterización estructural y a la determinación de sus rasgos definitorios: es arbitrario, diferencial y funciona en el marco de un sistema de valores. Para Saussure el signo lingüístico es una «entidad psíquica» constituída por *significante* y *significado*. Estos componentes están «íntimamente unidos y se reclaman recíprocamente». Es decir están asociados y son inseparables. La relación de *significante* y *significado* constituye la relación de significación. Este carácter biplánico del signo en la teoría saussureana ($S = \begin{matrix} \text{Significante} \\ \hline \text{Significado} \end{matrix}$),

donde la barra indica relación de significación, utilizado por Lacan de una manera particular, le ha permitido forjar el concepto de *forclusión*, que constituye sin duda alguna uno de los aportes más originales de Lacan al psicoanálisis. Sobre el particular diremos que a pesar de los numerosos estudios existentes sobre la psicosis hasta hoy no se ha dado una respuesta clara a sus mecanismos ni a los problemas que plantea su etiología. El más brillante estudio sobre la psicosis que hizo Freud fue sobre un paciente que no trató nunca personalmente: las memorias del Magistrado Daniel Paul Schreber. Freud muestra que el origen de la psicosis paranoica es siempre una defensa contra la homosexualidad. La persona realiza esta defensa negando su deseo y proyectándolo sobre otra. Afirma su odio frente a lo que desea secretamente. Freud utiliza el término de «un rechazo más enérgico y más eficaz» para referirse a esta defensa lo que crea una cierta ambigüedad con el mecanismo del rechazo en las neurosis, pues aquí lo rechazado, lo reprimido se entiende sólo como prohibición de que ciertos contenidos entren a la conciencia, por eso lo reprimido reaparece camuflado en el síntoma. Lo reprimido no destruye pues los contenidos inaceptables, sólo los prohíbe. Pero en la psicosis los mecanismos de defensa evitan que los contenidos se integren en el inconsciente. Para Lacan aquí no se ha simbolizado lo que ha debido simbolizarse, es una abolición simbólica, por eso reaparece en la realidad sólo en forma alucinatoria. Para designar este mecanismo de defensa propio de la psicosis Lacan —repetimos— inaugura el término de *forclusión* que le permite precisar mejor el fenómeno psicótico. Serge Leclair ha visualizado la diferencia entre el rechazo y la *forclusión* imaginando la experiencia humana como una tela con ciertas rasgaduras que puede zurcirse uniendo los hilos, pero también con aberturas o huecos originales que no pueden subsanarse salvo con una pieza extraña. En el primer caso tenemos el rechazo en el segundo la *forclusión*. En el *Vocabulaire de la Psychanalyse* de Laplanche y Pontalis se establece que la *forclusión* se diferencia del rechazo en dos sentidos: 1.— Los contenidos *forcluidos* no están integrados en el inconsciente del sujeto; y 2.— Ellos retornan al nivel de lo real no del interior, sino singularmente en el fenómeno alucinatorio. (1973: 164).

Conviene aclarar que, para Lacan y su escuela, la barra que separa el *Significante* del *Significado* no es una unión ni una separación, sino una resistencia a vencer cada vez que algo inaceptable o simplemente inesperado aparece en el *Significante*. En el chiste, por ejemplo, puede apreciarse claramente el rol que juega lo inesperado deslizado en el *Significante* y puede establecerse al mismo tiempo la relación entre el chiste y el inconsciente. Esto no significa que Lacan interprete mal a Saussure, sino que se trata de explicar a través de la estructura del signo lingüístico formulada por éste, los

mecanismos de ciertos fenómenos subconscientes anormales. Por eso sorprende la crítica particularmente severa que hace a Lacan el distinguido lingüista francés Georges Mounin, sosteniendo que éste mal interpreta a Saussure. En su obra *Clefs pour la linguistique* dice: «Jacques Lacan en sus *Escritos* desarrolla una teoría sobre el psicoanálisis que probablemente no tiene nada de común con la lingüística actual sino es el hecho de hablar mucho del lenguaje y del estructuralismo, pero su información lingüística es tardía, superficial; su conocimiento de Saussure es siempre defectuoso: así por ejemplo, está persuadido de que «significante y significado están separados por una barrera resistente a la significación», y que «esta distinción primordial del significante y del significado va mucho más allá de la arbitrariedad del signo». (1968: 12).

Esta crítica no puede ser más injustificada, pues como ya hemos indicado, dado el supuesto que el inconsciente funciona y está estructurado como un lenguaje se trata de explicar fenómenos anormales recurriendo a él. En el caso de la forclusión *Significante* y *Significado* no funcionan normalmente, es decir, reclamándose en forma recíproca, y es esto precisamente lo que aclara mecanismos de defensa propios de la psicosis. No se trata pues del lenguaje funcionando normalmente.

Hecha esta aclaración, y volviendo al aspecto más general de la controversia con Sartre, conviene insistir en que Lacan por su utilización del estructuralismo se sitúa dentro de un orden conceptual. Precisamente la forma más amplia como trata de mostrar el inconsciente lo obliga a recurrir a ciertas analogías con los monumentos, los documentos de archivo, etc. «El inconsciente es esa parte del discurso concreto que le falta a la disposición del sujeto para reestablecer su discurso consciente... El inconsciente es ese capítulo de mi historia que está en blanco o rellenado por una mentira; es el capítulo censurado. Pero la verdad puede ser reencontrada. Frecuentemente ella está ya escrita en otra parte. Está escrita, por ejemplo, en los monumentos, que en este caso es mi cuerpo, núcleo histórico de la neurosis, donde el síntoma histórico muestra la estructura de un lenguaje.

- Igualmente en los documentos de archivos; estos son los recuerdos de mi infancia, impenetrables cuando no conozco su proveniencia.
- En la evolución semántica; esto responde al stock y a las acepciones del vocabulario que me es particular, como al estilo de mi vida y a mi carácter.
- También en las tradiciones o sea en las leyendas que bajo una forma heroizada vehiculan mi historia.
- En fin, en las huellas que conservan inevitablemente las distorsiones exigidas por el recodo del capítulo adulterado, en los capítulos que la encuadran y del cual mi exégesis restablecerá el sentido» (Lacan 1966: 254).

La obra de Lacan proporciona así aclaraciones importantes, precisiones de gran valor que iluminan textos oscuros y profundos de Freud, permitiendo una nueva lectura de su obra. Con muchas reservas podríamos decir que permiten una lectura estructuralista de Freud. Sin embargo si de lo que se trata es de fundar el status científico del psicoanálisis y de la psicología en general, que es lo que interesa y preocupa a nuestra época, ese objetivo no se ha alcanzado y, quizá no pueda alcanzarse dentro de un horizonte

estructuralista por más amplitud que él tenga. Eso es lo que hoy lleva a fundar ciertas esperanzas en la dialéctica aunque, es necesario decirlo, se esté aún muy lejos de ello.

Precisamente para Sartre, Lacan ha aclarado mucho el inconsciente al mostrarlo como un discurso del otro (Ello), pero lo importante dentro de su óptica sigue siendo la intencionalidad, la praxis y la superación de situaciones que no pueden desaparecer bajo un determinismo simbólico. Refiriéndose a Lacan y mostrando la superación dialéctica en la propia práctica analítica Sartre escribe: «Es necesario comprender que la comunicación entre el analista y el paciente no se limita a un simple desplazamiento sufrido de una parte y otra. El analista aun cuando cree ser totalmente pasivo, actúa de algún modo. De tiempo en tiempo expresa una opinión, orienta discretamente el discurso del analizado. En cuanto al paciente, él tampoco permanece completamente pasivo. A partir de la transferencia, arma una estructura nueva. La mujer que «transfiere» sobre su psicoanalista no se contenta con remedar el amor; ella vive un amor completo. En la transferencia alguna cosa se crea, hay lazos que se unen y una nueva situación aparece; aunque breve hay una superación. Es esta praxis particular que sería necesario sacar a luz... el verdadero problema es pues el de la superación». (Sartre: 1966).

Una comprensión dialéctica de la vida psíquica permitiría pues iluminar esta superación, traducir el verdadero proceso de la vida mental donde los fenómenos psíquicos transcurren dialécticamente unos tras otros, conservándose y superándose al mismo tiempo en otros niveles, sin que sea posible, por la naturaleza de los fenómenos psíquicos, una transparencia racional de los mismos desde el punto de vista conceptual. En un esfuerzo por mostrar este proceso en su realidad específica Sartre utiliza una nueva categoría que denomina *lo vivido*, noción que representa la unidad de lo consciente y lo inconsciente comprometidos en un solo proyecto, unidos en una existencia bajo la forma de una semicomplacencia. «Con la ayuda de esta noción intenté superar la tradicional ambigüedad psicoanalítica del hecho psíquico —a la vez teleológico y mecánico— mostrando que todo hecho psíquico implica una intencionalidad dirigida hacia alguna cosa; pero que ciertos hechos no pueden existir sino en tanto que son objetos de una simple comprensión, sin ser nominados ni conocidos». (Sartre: 1970: 92). Por eso lo que se denomina inconsciente puede implicar una ausencia total de desconocimiento y a la vez una real comprensión. Esto lleva precisamente a establecer una distinción importante que hace Sartre entre el concepto y la noción. Para intuir o captar la realidad dialéctica de la vida mental es necesario proceder por nociones y no por conceptos dado que los fenómenos psíquicos son temporales, transcurren dialécticamente conservándose y superándose al mismo tiempo. En el interior de la temporalidad el concepto se modifica sustancialmente por lo que nos encontraríamos frente a una contradicción de términos. Por eso es necesario proceder por nociones, que son el esfuerzo por producir una idea que se desenvuelve ella misma por contradicciones y superaciones sucesivas siendo por tanto homogénea al desenvolvimiento temporal. Lo vivido hay que situarlo pues en el plano nocional. Precizando más esta categoría de lo vivido Sartre nos dice: «En el libro que escribo sobre Flaubert he reemplazado mi antigua noción de conciencia, aunque utilizo todavía mucho esta palabra, por lo que yo llamo lo vivido. Intentaré a toda hora explicar lo que entiendo por término, que no designa los refugios del preconscious, ni el inconsciente, ni lo consciente, sino el terreno sobre el cual el indi-

viduo es constantemente sumergido por él mismo, por sus propias riquezas, y donde la conciencia tiene la astucia de determinarse ella misma por el olvido». (Sartre: 1966).

Con esta nueva categoría Sartre intenta pues traducir y expresar esa realidad dialéctica de la vida mental que, como sabemos, no puede expresarse en términos conceptuales. Lo vivido será siempre susceptible de comprensión pero no de conocimiento. Sin embargo esta comprensión se da a niveles diferentes y puede alcanzar momentos de alta perceptibilidad. «La más alta forma de comprensión de lo vivido puede engendrar su propio lenguaje, que será siempre inadecuado, pero que tendrá frecuentemente la estructura metafórica del sueño. La comprensión del sueño interviene cuando un hombre puede traducirlo en un lenguaje que es él mismo soñado. Lacan dice que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Yo diré más bien que el lenguaje que expresa el inconsciente tiene la estructura de un sueño, dicho de otro modo, la comprensión del inconsciente, en la mayor parte de los casos, no encuentra jamás una expresión clara». (Sartre: 1970).

A estas alturas se hace necesario aclarar que esta detallada polémica, que hemos tratado de exponer, sólo tiene una significación a la luz del panorama general de la obra de Sartre. La síntesis entre dialéctica y psicoanálisis sólo podrá alcanzarse en el interior de una antropología que sería estructural y dialéctica a la vez. Desde esta perspectiva el psicoanálisis es sólo un momento dentro de un proyecto antropológico general. Ya desde la *Crítica de la razón dialéctica* queda aclarado esto cuando Sartre muestra cómo la totalización dialéctica, al abarcar el pasado como un momento de la temporalidad, debe utilizar los valiosos datos que el método psicoanalítico puede proporcionar.

Esta totalidad dialéctica sintetizará la información que el psicoanálisis proporciona con las significaciones que pueda mostrarnos la estructura social donde el sujeto está situado; bajo este aspecto será la Sociología la que podrá proporcionar datos y observaciones útiles al nivel de las relaciones de producción. El movimiento dialéctico puede incorporar este hiperempirismo que es la Sociología, como un momento de la totalización dialéctica. Finalmente la totalidad dialéctica deberá contener también al porvenir y mostrar su influencia en la situación actual del individuo humano. Un porvenir verdadero, es decir, humano, «penetra en el corazón de cada uno como una motivación real de sus conductas... En tanto no se hayan estudiado las estructuras del porvenir no se podrá comprender nada de lo humano». (Sartre: 1960: 66). La totalización dialéctica no sólo debe contener pues la síntesis horizontal (relaciones de producción) y la totalización en profundidad (psicoanálisis), sino que debe hallar en el mismo acto dialéctico al porvenir. «La dialéctica como movimiento de la realidad se viene abajo si el tiempo no es dialéctico, es decir, si se niega cierta acción del porvenir en tanto que tal». (Sartre: 1960: 63-64).

Estos tres momentos de la totalización dialéctica los encontramos unificados en la categoría de *proyecto* (que adquiere una significación diferente a la de *El Ser y la Nada*). El proyecto contiene la superación y conservación de nuestro pasado, la infancia que hemos conservado y superado a la vez, así como las condiciones materiales de nuestra existencia; igualmente al futuro que en forma decisiva ayuda a explicar nuestro presente.

La totalización dialéctica, que implica la comprensión de estos tres momentos de la temporalidad, para darse a sí misma como inteligible no puede tener sino un funda-

mento antropológico. Construída esa antropología se hará transparente la síntesis entre Marxismo y Psicoanálisis. Por ello Sartre sitúa la ideología existencial en el interior del marxismo, como su dimensión antropológica detenida: el desarrollo de esta antropología no podrá ignorar todo el aporte del psicoanálisis.

Hecha esta aclaración sobre el panorama general de la obra de Sartre, resulta claro que el presente estudio no pretende agotar el tema de la dialéctica y el psicoanálisis, sino únicamente intenta exponer parcialmente la perspectiva psicoanalítica que Lacan representa en el psicoanálisis, dentro de esta tarea gigante que Sartre había emprendido en *El Idiota de la Familia*, obra que exactamente significa: qué es lo que se puede saber de un hombre hoy día.

José Luis Herrera Zavaleta

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Althusser, Louis. 1965. *Freud et Lacan*. En *La Nouvelle Critique*, N^{os}. 161-162, París.
- Lacan, Jacques. 1966. *Ecrits*. París: Editions du Seuil.
- Lacan, Jacques. 1974. *Télévision*. París: Editions du Seuil.
- J. Laplanche et J.B. Pontalis. 1973. *Vocabulaire de la Psychanalyse*. París: Presses Universitaires de France.
- Marx, Karl. 1972. *Contribution à la critique de l'économie politique*. París: Editions Sociales.
- Mounin, Georges. 1968. *Clefs pour la Linguistique*. París: Editions Seghers.
- Sartre, Jean-Paul. 1943. *L'être et le néant*. París: Gallimard.
- Sartre, Jean-Paul. 1960. *Critique de la raison dialectique*. París: Gallimard.
- Sartre, Jean-Paul. 1966. *Jean-Paul Sartre répond*. En *L'Arc*, N.º 30. París.
- Sartre, Jean-Paul. 1970. *Sartre par Sartre*. En *Le nouvel observateur*. París.
- Saussure, F. de. 1961. *Curso de Lingüística General*. Buenos Aires: Editorial Losada.



Simone de Beauvoir, Jacques-Laurent Bost, Jean Cau, Jean Genet y Jean Paul Sartre, en el bar del hotel Pont Royal, en París